LEOPOLDO DE LUIS

ALBA DEL HIJO

1

COLECCION "MENSAJES"
MADRID, 1946

3
D
46

A fray Luis Cano, excelente poeta,
con mi amistad y afecto.

Madrid, 9-46

Se repartió mi alma para formar tu alma.

C. M.

R. 48.590
22 cur

LEOPOLDO DE LUIS

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

ALBA DEL HIJO

1

COLECCION "MENSAJES"
MADRID, 1946

BIBLIOTECA
José Luis Cano

Es propiedad del autor.
Edición numerada por el mismo.
Ejemplar núm. 28.....

L. U. de L.

ALBA DEL HIJO

Alba del hijo en los paisajes
de enamorada geografía.
El corazón, que es también niño,
a tu claror se precipita:
quiere arrancarse de lo oscuro,
ir a la luz que te avecina.

Alba del hijo. Un azul nuevo
traspasa el alma hacia tu día,
multiplicado de esperanzas,
y de zozobras y alegrías.
Un azul nuevo tiñe el aire
que la emoción nueva respira.

Alba del hijo. El alma quiere
como olvidarse de sí misma
y reencontrarse en los espejos
verdes del tiempo renacida.
Y en el piano del ensueño
brota con claras notas íntimas,
en nuevas formas de ternura,
una ancestral música antigua.

Alba del hijo. Ella te espera
con un temblor de emoción viva
porque sus ríos riegan dulces
de un nuevo cuerpo ya la arcilla,
la enredadera que se abraza
al árbol joven de su vida.

Alba del hijo. Y yo te espero
con la emoción más sorprendida.

PRIMERA DEDICATORIA

Sombra apenas de vida. Imperceptible aliento.
Sólo vago aleteo de mi amor, o latido.
Susurro que arrebata un milagroso viento
del árbol de mi sangre, triste y estremecido.

Hálito débil, sombra tan sólo adivinada
en la oscura penumbra lejana de la vida,
donde el milagro es carne virgen de la mirada
y el misterio es el alba de la entraña dormida.

Pálpito de mis pulsos más allá de mí mismo.
Eco de mis latidos y sombra de mis tactos.
Proyección de mi vida hacia un nuevo heroísmo
por rutas indecibles y caminos exactos.

Proyección de mi vida, hoy sólo dulce peso.
Sólo extraño vahido por la materna frente.
Estagnación del aire suspirado del beso.
Perennidad de un sueño que nace diariamente.

Remanso de mi esfuerzo. Calma de mi arrebato.
Sosiego de mi frente. Silencio de mi grito.
Te presiento en el aire mudo de mi retrato,
jalón de mi entusiasmo, de mis angustias hito.

Ella, en la luminosa penumbra de su sueño,
ya te da dulces nombres con que vestir la rosa,
la ternísima rosa de tu cuerpo pequeño
que hoy llena esa penumbra del sueño luminosa.

Yo, te veo en mi torno, intuyo tu presencia,
mas tu alado suspiro a precisar no acierto.
Te adivino en el gesto de su leve indolencia,
dulcemente cansado, vagamente despierto.

Te adivino en la sombra cárdena que sus ojos
agranda y hermosea de un fulgor fugitivo.
En la breve caricia de sus vestidos flojos
bajo el delgado aliento recientemente vivo.

¿Eres más que ese triste fulgor de sus pupilas?
¿Más que esa desvelada ansia de su ternura?
Como una clara sombra de realidad te afilas
entre los sobresaltos de la emoción más pura.

El río de mi vida se ahila y se adelgaza
para ser esa dulce gota de tu existencia
que desde el silencioso recinto nos emplaza
por este emocionado periplo de impaciencia.

¿Cómo verás la cosas desde ese mundo interno,
tan ignoto, aunque centro de toda cosa viva?
Desde ese silencioso recinto tibio y tierno
donde cobra la sangre su voluntad creativa.

¿Cómo llamarte ahora que eres sólo una sombra,
un suspiro de vida interna, imperceptible?
¿Cómo llamarte si eres lo que sólo se nombra
con íntimas palabras de lenguaje indecible?

Huella de amor en prados de escondida ternura.
En ocultos jardines donde empieza la vida.
Mi corazón vestido con su emoción más pura
—sombra o temblor o hijo— te da su bienvenida.

SEGUNDA DEDICATORIA

Hijo: en nombrarte se me va, hecho arrullo,
lo mejor de mi voz enamorada,
esta voz que se torna aliento tuyo.

Y en mirarte deshago mi mirada
más límpida, más pura y amorosa,
que en tus ojos será luz recreada.

Porque dulce penumbra vagorosa
e inefable silencio, de ternura
cubren aún tu vida misteriosa

en esa tierna, maternal y oscura
residencia del mundo de lo vivo
donde el amor se torna criatura.

Hijo, en el fondo de mi ser cautivo
de esta humana y vulgar anatomía
¿es liberarse hacerse fugitivo

del hoy, por ti, hacia un nuevo y alto día,
o es apresarse más a esta galera
ligándote a una sangre ardiente y mía?

No sé si gozo en flor o enredadera
de angustia abraza el árbol de mi pecho
cuando en él posa el ave de tu espera.

Hay tánto amor en este sueño hecho
realidad en la rosa del cariño,
que temo para el sueño el mundo estrecho

y estrecho el sueño para el mundo niño.
¡Qué nuevo ardor, qué nuevas plenitudes,
qué nuevo afán al corazón me ciño!

¡Qué viento de ignoradas latitudes
con tu presagio, la emoción me aventa
y me esparce una arena de inquietudes!

Flor que la flor de mi cariño aumenta.
Lograda mies de tierna lozanía
para este pan de amor que me sustenta.

El yermo de los ojos me rocía
el dulce llanto de sentirte mío.

Un ruiseñor me canta por tu día.

Y la sangre me espeja ya en tu río.

BIBLIOTECA · DE · Granada · ANDALUCIA ·

DULCE ESPERA

Este mundo diario, familiar, del cariño
todavía invisible, tu presencia ya arrasa,
y como una avecilla tu leve aliento niño
se adivina en el dulce silencio de la casa.

Aun amor imposible de libertad te cerca
—tu carne con su carne maternal confundida—
y ya este gozo nuevo, este afán nos acerca
a los ojos del alma tu imagen no nacida.

Ya escucho emocionado tu arrullo, tu lenguaje,
tu canto sin palabras ni voces duraderas,
como si para hablarnos desde el tibio paraje
los inaudibles labios del silencio tuvieras.

Por vagos panoramas que hay más allá del sueño
en que te intuyo ahora, ignorado y tan mío,
llevaré el dulce peso de tu cuerpo pequeño
cruzando del futuro el ancho y verde río,

hasta la azul colina del porvenir, lejana,
donde rayar la linde de la ambición más pura...
Mientras, se santifica la vida cotidiana
con el sol aun oculto de tu risa futura.

Tu presencia soñada este mundo ya habita,
este círculo breve e ileso del cariño,
ya intuída en nosotros tu presencia gravita,
tu presencia de pájaro, tu presencia de niño.

Tu presencia de rosa en íntimos rosales
está ya entre las cosas diarias y sencillas:
el lino con nostalgia de ser por ti pañales,
la lana con ensueño de ser por ti mantillas;

la cuna que cobija al aire de tu espera
y el jubón, como un nardo, que aguarda tu ternura,
y la nieve del lienzo soñando primavera
de corolas al breve lirio de tu blancura.

Todo me da la dulce sensación de tu vida
porque a través de todo he aprendido a mirarte.
Tánta pasión he puesto para tu bienvenida
que he infundido a las cosas el gozo de esperarte.

Y ella también. Oculta lleva la leve pluma
de tu vida, y te aguarda tranquila y amorosa.
Como la ola aguarda que le crezca la espuma.
Como el rosal espera que le nazca la rosa.

ALBA DE AMOR

ALBA de amor que amanece en mi vida.
Luz que deshace la sombra del miedo.
Ya su destino la sangre no olvida.
Ya traicionar la esperanza no puedo.

Céfiro suave que el rostro me orea
cuando animoso acelero mi paso.
Se hace potente ciclón, zarandea
todo mi ser si el ensueño retraso.

Arbol que alegra mi páramo ardiente.
Ascua que enciende del alma la yesca.
Río que brota de mágica fuente
y este dolor de mi yermo refresca.

A un tiempo linfa de verde regato,
ígneo besar que sus chispas propaga.
A un tiempo calma y ardor y arrebato,
grito y silencio y bálsamo y llaga.

Me he despojado de un sueño baldío
que el corazón como trigo aventaba.
Libre, he buscado la madre a este río,
este torrente de amor que me ahogaba.

Ya no se eleva el palomo del sueño
hacia unos triunfos de luz siderales
para tornar abatido, pequeño,
a un despertar de quebrados cristales.

Ahora este sueño es un cóndor de orgullo
que se remonta a regiones cimeras
donde el amor es más canto que arrullo
y el corazón sabe amar más de veras.

TRES SONETOS

Vienen rodando el hijo y el sol.

M. H.

VIENEN rodando el hijo y el sol.» En orientales
paisajes de la tierra y el alma hay luz de aurora.
Y tus ojos —paisaje de verde mar— decora
un fulgor, como al cielo, de lumbres siderales.

La tierra y tú con triunfos y gracias maternales.
El sol, áureo niño, la azul altura dora.
El hijo de ternura y amor te condecora.
La frente, el cielo, elevan sus límpidos cristales.

El sol en tu regazo quiere volverse niño,
y para ti este hijo es como el sol del mundo.
La luz solar es dulce, como la del cariño.

Eres alba, eres mądre: dos ortos te extasían.
Y llevas un sol grávido de amor en lo profundo:
que en ti la tierra, el cielo, el sol y Dios sonrían.

¡Oh soterradas fuentes
de los enormes ríos de la vida!

D. A.

¡Oh soterrada —y encarnada— fuente!
¿Mañana de la vida espeso río?
Agua te siento del torrente mío,
de este apasionadísimo torrente.

¿Serás ya desprendida, libremente
agua en riego del propio señorío?
¿Te secará la llama del estío
por el yermo abrasado e inclemente?

Tan hirviente de lágrimas y anhelo
está el caudal profundo de mi vida
que preciso el frescor de tu arroyuelo,

que tu linfa —hijo en ciernes— me traspase
de claridad, frescura presentida,
antes que el río de mi ser me abrase.

El oleaje de lo ignoto, hijo,
te trae y lleva, mar sin fin.

J. R. J.

Mar sin fin, oleaje de lo ignoto.
Pozo sin fondo. Noche sin orilla.
Tierra virgen. Alveolo de semilla
para un fruto ignorado y aun remoto.

Para un fruto ignorado y aun remoto
cultivo este terruño, esta amarilla
llanada del vivir, por la que brilla
un sol de amor y un sueño como exvoto.

Mar sin fin, oleaje. ¿Quién descubre
la ruta desde el borde de este puerto
del hoy, que niebla de la duda cubre?

¿Cómo surcarte, mar, con rumbo cierto,
navegarte con fe, de octubre a octubre,
y saberse a otro lado vivo o muerto?

TRES CANCIONES

I

La luna bajó al balcón
para cantarle a la madre
su séptima anunciación:

—Desde mis cuartos de enero
tu seno lleva prendido
como un temblor de lucero.

Y este rosal de tu amor
cuando el Otoño madure
multiplicará su flor.

La madre dijo a la luna:
—Desde tus cuartos de enero
llevo en mi seno su cuna.

Y allá cuando Otoño grana,
esta rosa de cariño
me nacerá una mañana.

Y la luna sonreía,
porque también ella sueña
con sentirse madre un día.

Madre de un lucero rosa
a quien ofrendar la leche
de su ubre luminosa.

Repicaban las estrellas
sobre la noche de Julio
sus campanitas-centellas.

Que la luna en el balcón
vino a cantar a la madre
su séptima anunciación.

II

El viento en dulce murmullo
vino a la madre a decirle:
«Para acunarle y dormirle
traeré mi mejor arrullo.»
«Mi antigua plata diluyo
para adornarle la cuna»,
dijo a la madre la luna.
Y la estrella: «Le daré
la menta y el limón que
mi luz noctámbula aúna.»

Y la nube: «Yo la almohada
blanda y tibia.» Y el rosal:
«Yo de pétalos pañal.»
Y el lirio: «Yo una nevada
camisilla inmaculada
del corte de mi corola.»

«Y yo —dijo la amapola—,
mi raso para sus pies,
este raso del envés
que el céfiro azul tremola.»

Le prometió el alhelí
la gracia de que él presume,
y su alma: su perfume,
el espliego y el benjuí.
La aurora su carmesí.
La mañana su frescura.
Y la tarde su ternura,
y el sol su dorada orgía,
y el cielo su poesía,
y un arcángel su hermosura.

Y la madre sonreía
con un fervor de azucena
y toda de gracia llena
como la Virgen María.
Amor su virtud ungía
con vocación de ternura.
Todo en su torno era albura
y pureza de cristal.
Todo gozo maternal
alado por su cintura.

III

La luna de agosto arroja
naipes de plata a la alberca.
El agua baraja y moja.

La luna de agosto acerca
su chispa blanca a la hoja
amarilla de la cerca.

Todo el campo bebe luna
mientras la noche despierta
busca en el valle su cuna.

Todo el campo es una puerta
por la que escapa la bruna
jaca de la noche incierta.

Y tú por la noche clara.
La luna lirios cercena
para llover en tu cara.

Y tú por la noche plena.
La luz sideral se ampara
en tu frente de azucena.

La noche canta al amor
que en tus entrañas florece
hecho ya carne y temblor.

La noche cantando mece
a ese dulce niño en flor
que luna a luna te crece.

Luna a luna.
La noche de agosto mece.
La noche de agosto acuna.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

PAISAJE

En las doradas playas del ocaso
el sol quema las naves de la tarde.
El ave del crepúsculo
por el cielo se cierne vacilante.

Qué dulcemente ya la luz difusa
junto al alféizar viene a remansarse.

Llega por la ventana una caricia
de olor del tomillar y los jarales.

Suavemente el silencio, como un ala,
viene a rozar de la futura madre
el nácar tibio de la frente pura,
donde duerme el jazmín sus claridades.

Tiene ella la mirada en el vacío,
naufragada en el mar azul del aire;
la mirada tranquila, dulce, clara,
como un lago de verdes soledades.
Un halo de sosiego y de ternura
nímbale el fino nardo del semblante,
y en el regazo blandamente posan
de sus manos las dos gemelas aves
en descanso de vuelos
por un cielo de lienzos y pañales.

Un quietismo, un sosiego luminoso
inmoviliza sus perfiles frágiles,
dibuja su silueta vagamente
sobre la porcelana azul del aire.

Fuera, en la occidua sierra,
el día se deshace,
la tarde se diluye
en cárdenos y malvas vesperales.

Ella, con un esquicio
de sonrisa bañándole el semblante,
estática y ajena, ausente, mira
hacia soñadas díafanidades.

El hijo en esperanza, hoy sólo sombra
que embellece sus ojos, sólo suave
peso y temblor ocultos
en flor enamorada por el talle,
el hijo en ciernes, ya le anega el alma
de un perfume de amor y de saudade.

De sus pupilas en el glauco espejo
su íntimo mundo acude a reflejarse.
Un mundo traspasado
de luz y de ternuras inefables.

Fuera, ya muerto el sol, su luz occidua
aun dora el postrer velo de la tarde.

La esperanza del hijo a ella le dora
en su mundo interior claros paisajes.

JOVEN MADRE

En tu cándida frente
pondrá este dulce nombre una guirnalda.
Este nombre sonriente
que da vuelo a tu falda
y el párpado de lirios te enguirnalda.

Ya sientes los temblores
impacientes, inquietos de su espera.
Intima, en sus albores,
es la canción primera
y es para ti perpetua primavera.

A la fina tersura
de la tez el milagro se te asoma.
Se hace marfil la albura
de la suave paloma
que es en tu rostro claridad y aroma.

En la cuna del sueño
la ilusión nueva a la esperanza mece.
La esperanza, beleño
que tu afán adormece
mientras la rosa de tu sangre crece.

Una canción lejana
que en ti dormía su ancestral arrullo
su música desgrana
y sube su murmullo
arrastrando en su son un eco tuyo.

Una canción remota
como linfa perenne de ternura
que fluye gota a gota
con su emoción más pura
por encima del tiempo y su amargura.

Mientras el ágil lirio
de tu mano florece en los encajes
y vaga en su delirio
la aguja en cien mil viajes
sobre los breves, diminutos trajes.

Y en tus brazos, cobijo
tibio, acunas el viento —nada fría—
como si fuera el hijo
que espera tú alegría
y crece de ti misma día a día.

GRACIAS A ESTA TERNURA

Como una lumbre extraña que me desasosiega
este afán cotidiano es un ascua de anhelo,
es una luz creciente de amor que el ser anega
desde el cuerpo y su barro, hasta el alma y su cielo.

Pero yo sé, no obstante, que nadie ve esta brasa,
ígneo núcleo del círculo de mi cariño centro.
Salgo a la calle y vuelvo de retorno a la casa
y sólo un mundo ajeno a mi entusiasmo encuentro.

Yo sé que a nadie importa lo que a mí me rodea;
mejor: lo que me inunda; mejor: lo que me absorbe.
Que es diminuta hoja que el viento zarandea,
junto a la gigantesca peripecia del orbe.

Qué importa mi futuro cuando la lucha humana
rueda siglos y siglos por la faz de la tierra.
Qué vale mi alegría si el mundo se empantana
en sangre y llanto y hambre, en muerte y odio y guerra.

Lo sé; mas, sin embargo, mi efímera palabra,
esta voz pasajera, con fe de criatura,
quiero dar en tributo a quien mi vida labra
—aun desde mundo ignoto— de afán y de ternura.

Ya sé que a nadie importa que un hijo me sonría
con ojos no nacidos y labios aun sin nombre.
Mas si debo a una cósmica fuerza la anatomía,
gracias a esta ternura me descubro más hombre.

COMO LA LUZ

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

Como la luz, tan pura,
que purifica cuanto toca y besa
y pone su dulzura
inmaculada, ilesa,
sobre la tierra de amargura presa.

Como el dorado ungüento
del sol sobre el paisaje, de tal modo
que viste de portento
la miseria y el lodo
y baña de ilusión el mundo todo.

Tu vida recién hecha
es viva luz sobre mi pobre vida.
Abre dorada brecha
de sol en la sumida
oscura realidad del alma herida.

Es sol de amor, tan puro,
que el alma me bautiza de pureza
y redime lo impuro
de dolor y torpeza
que en mi vida ha arrastrado la flaqueza.

Es un leve jilguero,
pajarillo de amor y de alegría,
cantando en el alero
de esta afanosa y mía
pasión en el quehacer de cada día.

Es una dulce rosa
en el áspero yermo cotidiano.
Florecilla gozosa
que recoge mi mano
sosegada en su pulso más humano.

Es gracia y es ternura
que el alma santifica y embelesa,
como la luz, tan pura,
tan diafana e ilesa,
que purifica cuanto toca y besa.

COMO EL ALEGRE RAYO

Como el alegre rayo
que unta de sol el prado y la colina
y disfraza de mayo
la tarde decembrina
cuando entre hielos su fulgor reclina.

Como la tierna almendra
en virginal clamor de flor de nieve
se hace olorosa ofrenda,
inmensa a fuer de breve,
y es alborozo para el aire leve.

Como la blanca espuma
coronando de amor la verde ola
pone un rosal de pluma
mojada que tremola
sobre la playa en flor de caracola.

Así el sol de tu risa,
la virginal ternura que te ampara
la espuma que improvisa
breve lágrima clara
en la playa chiquita de tu cara,

tu dulce y tibio aliento,
tus mejillas de flores de grosellas,
y aquí en mi firmamento
tus ojos como estrellas
encendiéndome, amor, luces doncellas,

funden mi exterior hielo
y perfuman mi vida atribulada,
y florecen consuelo
en la áspera llanada
por la que el alma yerra acongojada.

ABRIL

ABRIL pone en la rama
cárdena del cerezo su ternura,
su adolescente llama,
su huella de blancura
que en mínimas corolas se clausura.

Ya la acacia verdea
y se peina en las manos de la brisa
que el dulce campo orea
y en virginal sonrisa
sobre la vieja tierra se improvisa.

Tú entre mis brazos, hijo,
como una flor chiquita que se hiciera
de la rama cobijo,
eres la primavera
que remoza mi amor, mi fe primera.

Eres el suave viento
que orea las llanuras de mi vida,
eres el dulce aliento
que al alma estremecida
a virginal pureza le convida.

Tú eres ese paisaje
donde con otro yo la ilusión sueña.
La flor es el ropaje
donde esconde, pequeña,
su sombra el árbol antes de ser leña.

Tú eres ese alborozo
de abrileño temblor, clara alegría
que revive de gozo
dentro del alma mía
íntima, enamorada geografía.

Mientras aquí en el huerto
y en la sierra y el valle y la pradera,
Abril ríe despierto
de flores, duradera,
tu vida es para mí la primavera.

«ALBA DEL HIJO», DE LEOPOLDO DE LUIS —VOLUMEN 1.° DE LA COLECCION «MENSAJES»—. SE IMPRIMIO EN LOS TALLERES SOLER HNOS., BERNARDINO OBREGON, 10, DE MADRID. MEDIANDO JUNIO DE 1946